

**E**N un librito como este, que se ocupa de la lectura en los Siglos de Oro, es inevitable acudir de inmediato a Cervantes y a su obra magna, *Don Quijote de la Mancha*. Son muchas las páginas que se han escrito sobre la afición lectora del hidalgo manchego, en la que se ven reflejados los gustos del creador, y en todas ellas se recalca en el capítulo noveno de la primera parte, aquel donde «se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron». A la par que se cuenta este lance, quien lo hace recuerda que la noticia del mismo le había llegado en un texto diezmado y sin autor, por lo que el contento de haberlo leído incompleto se tornaba en desazón al no poder conocer el final de la historia. Se trata de uno de tantos pasajes donde Cervantes se in-

miscuye en el relato sembrando la duda sobre la legítima autoría de lo que estamos leyendo. Esta confusión es aún más palmaria cuando, a vuelta de página, el narrador llega a la alcañá de Toledo y se topa con un manuscrito aljamiado titulado «Historia de don Quijote, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo», que a la sazón es el mismo relato que tenemos frente a nuestros ojos.

Argucias como esta asientan todo un razonamiento sobre el arte de la lectura en la temprana Edad Moderna, en el que Cervantes, como Alonso Quijano, no solo se confiesa lector de las hazañas caballerescas, relatos de cautivos o ficciones pastoriles que urden la trama de la novela, sino también de «los papeles rotos de las calles»:

Estando yo un día en el Alcañá de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí ser arábigos (*Don Quijote de la Mancha*, I, 9, p. 118).

¿Qué papeles podían ser esos? Desvelarlo, amigo lector, amiga lectora, es la empresa que acometo en estas páginas con la esperanza de salir moderadamente airoso. Si la historia de la lectura está llena de dificultades por las escasas evidencias que deja en los archivos, los problemas aún son mayores cuando afrontamos prácticas y situaciones tan escurridizas como las que exploro en este librito; la mayor parte de ellas se efectuaron en grupo, muchas en alta voz y todas en espacios públicos, principalmente en las calles y plazas, pero también en lugares como las ventas manchegas que recorren el *Quijote*, zapaterías, librerías y otro tipo de tiendas.

El interés preferente por los pliegos sueltos donde se transmitió la llamada *literatura popular impresa* o de *amplia circulación*, incluido el género entre literario e informativo conformado por las relaciones de sucesos, dejó al margen otros textos, compuestos también en pliegos de pocos folios o en hojas sueltas, mucho menos imaginativos, pero que sustentaron la comunicación escrita en el espacio público. Por las calles y plazas de ciudades y pueblos, del mismo modo que en otros espacios igualmente concurridos, se fijaron y distribuyeron textos de factura material muy similar y propósitos muy

variados: mandatos y disposiciones de las autoridades, tanto del rey como de los ayuntamientos, la Iglesia o la Inquisición; convocatorias de certámenes literarios y discusiones de tesis universitarias; rótulos y letreros usados para identificar las tiendas junto a hojas con el precio de venta de distintos productos o carteles publicitarios de oficios y actividades varias (clases de escritura y otras disciplinas, representaciones teatrales, etc.); o libelos y pasquines, fruto de enfrentamientos entre vecinos, conflictos políticos o controversias religiosas.

Con bastante frecuencia se trata de una serie de productos cuya supervivencia ha sido excepcional, azarosa y, a menudo, consecuencia de factores ajenos a los que determinaron su escritura. Los edictos y los bandos se han conservado en mayor proporción porque fueron guardados como testimonio de los correspondientes actos políticos, administrativos y eclesiásticos, o bien atrajeron la curiosidad bibliófila de ciertos eruditos. Algo similar puede decirse de determinados carteles y libelos, sobre todo impresos e ilustrados. Si nos referimos a los pasquines y los libelos manuscritos, los originales que podemos localizar en los fondos documentales de aquella época se conservaron principalmente porque se utilizaron como piezas de convic-

ción en los procesos judiciales instruidos para desmascarar a sus autores, ora por la Inquisición, ora por los tribunales reales. Contenciosos judiciales intervinieron también en la conservación de parte de los escasos originales de carteles teatrales que han llegado, en tanto que otros lo han hecho porque fueron utilizados como guardas de textos dramáticos. Mayores evidencias, empero, han dejado los pliegos y libros de cordel, en gran medida por su condición tipográfica y su carácter literario, sumado al aprecio expresado por cuantos estudiosos han husmeado en los márgenes del canon de las letras áureas.

Esta irregular y precaria conservación puede que haya sido una de las razones que más ha repercutido en el olvido de buena parte de este tipo de textos. Otra razón, sin duda, está en el fetichismo que la historia del libro y de la lectura han mostrado hacia las obras canónicas y en formato códice. En los últimos años, sin embargo, el panorama ha cambiado de manera significativa y hoy incluso puede hablarse de un renacido interés por el estudio de todos estos productos menores, manuscritos e impresos, en los que se vertebró buena parte de la comunicación pública de los tiempos modernos.